

el desventurado Ortega, á quien Cárlos España hizo arrodillar tres veces en distintos puntos antes de dar al piquete que le fusiló la voz de fuego?

En aquellos últimos momentos debió parecerle al sanguinario conde que el infortunado ex-gobernador de Monjuí dirigia el pensamiento y el brazo de sus verdugos.

Al llegar al *Puente de los Espías*, que es el último que pasaron, Pep del Oli hizo apeaar á Cárlos España de su asno, le hundió un puñal en el pecho, y mutilándole horriblemente el rostro para que nadie le pudiese reconocer, le cogió por la cabeza mientras Ferrer le asía de los piés, y ambos le tuvieron suspendido sobre el abismo.

La víctima ensangrentada pedia perdon, y sin encontrar en sus verdugos mas compasion de la que en él habian hallado los infinitos mártires que habia lanzado á la eternidad, fué precipitado en el abismo.

La breve historia que acabamos de referir es suficiente para dar á conocer el carácter del hombre á quien confió el general Córdova el importante cargo de gobernador militar de Madrid, durante las ocurrencias que ensangrentaron la capital.»

Estremece la idea de los horrores que hubieran surgido de ese implacable espíritu de venganza que alientan los criminales de régia stirpe y sus inícuos aduladores, si hubieran alcanzado el triunfo los tiranos.

Desarmado el pueblo eran escasos los combatientes.

La calle Ancha de San Bernardo, la de Silva, la de Preciados no contaban apenas, detrás de los débiles parapetos que se improvisaron, mas que dos ó tres defensores con armas; pero dotados de tal entusiasmo, y tan certeros en sus tiros, que ocasionaron á

los contrarios muchas bajas sin experimentar ellos mas que muy pocas, hijas á no dudarlo de su temerario arrojo.

Mas si los combatientes eran escasos por falta de armas, puesto que en la calle Ancha esquina á la de la Justa, no habia mas que un solo fusil que se disputaban cinco valientes, y le disparaban por riguroso turno, no se crea por eso que el pueblo de Madrid estuviera amilanado y oculto en sus hogares; hasta las mujeres y los niños improvisaban barricadas entre una multitud de espectadores indefensos que se holgaban en oír el silbido de las balas, y con su serenidad, con su entusiasmo, y hasta con sus chistosas ocurrencias, inspiraban aliento á los combatientes.

Un hombre solo, colocado entre la calle de la Sarten y la plazuela de Santo Domingo, hizo prodigios de valor á cuerpo descubierto, sosteniendo por espacio de largas horas el fuego, causando estragos en las fuerzas enemigas.

Otro, desde un tejado, hacia un fuego tan mortífero y certero á la tropa, que un oficial dispuso se le desalojára desde unos balcones inmediatos que fueron con este objeto invadidos por la tropa.

Lejos de amilanarse á la vista de los que tan de cerca le hostilizaban, quiso hacer alarde de su impavidez, permaneciendo impertérrito, hasta que el desgraciado cayó herido, y rodando por la pendiente de las tejas fué á estrellarse contra el empedrado de la plaza.

No fué menos encarnizada la lucha en la plaza Mayor y calles inmediatas, pues aunque la inferioridad numérica de los defensores de la libertad armados, era en todas partes demasiado considerable, suplian esta falta el entusiasmo y el valor que rayaban en heroismo.

Solo así podia concebirse que un puñado de valientes llevaran

en derrota á los civiles; pero auxiliados estos por las fuerzas que tenia el gobierno en San Martin, en el teatro de Oriente, en el Gobierno civil y en la casa de Correos, consiguieron salvarse en la plaza Mayor, engrosando el número de los que allí luchaban contra el paisanaje.

Ignoramos con qué objeto, aunque no suponemos fuese por un impulso de buena fé, se confirió el mando de toda la caballería de Madrid, por parte del gobierno, al coronel Garrigó, al denodado insurrecto de Vicálvaro, á quien hacia poco se le habia indultado de la pena capital, y en aquel momento se le ascendió á brigadier, premiando así el acto de haberse unido á los sublevados para derrocar la inmoralidad sartoriana.

Este nombramiento formaba singular contraste con la conducta hostil de las fuerzas que hasta entonces se habian ensañado contra el pueblo: y aunque las repetidas traiciones de los que sostenian el poder agonizante, eran suficientes motivos para que se desconfiase de todo, la presencia de Garrigó, recorriendo sucesivamente los puntos en que el combate se hallaba mas empeñado, no pudo menos de producir, aunque momentáneamente, un armisticio, viendo que el bizarro que habia luchado y sido herido en los campos de Vicálvaro defendiendo la causa popular agitaba un pañuelo blanco en señal de paz.

Aceptóse la tregua, y el fuego cesó; pero aprovechándose la tropa de esta suspension de hostilidades, apoderóse de algunas casas de la calle de Preciados, los Guardias civiles se parapetaron en su cuartel y rompióse de nuevo el fuego con mas encarnizamiento que antes; mas la presencia de Garrigó á caballo sin mas séquito que su insignificante escolta, bastó para contener otra vez la fratricida lucha.

El bravo militar mandó á la tropa que abandonase aquellas posiciones, y fué obedecido sin la menor resistencia entre los aplausos y vítores de la muchedumbre que ya lo daba todo por terminado á gusto y satisfaccion del pueblo triunfante.

No era así; los mismos que acababan de romper traidoramente las hostilidades, quisieron añadir otro baldon á su criminal conducta, y cuando se retiraban por la Costanilla de Santo Domingo, volviéronse todos de improviso, obedeciendo á la voz de mando de alguno de sus gefes, é hicieron una descarga contra el indefenso paisanaje que se creia á la sazón exento de correr el menor peligro.

Villanía fué esta que no se concibe en pechos nobles y generosos como suelen ser los de los militares españoles; villanía horrible que regó de sangre inocente el pavimento, y exacerbó la ira de los ánimos hasta el punto de encender el mas enconado anhelo de venganza; y rompióse otra vez el fuego entre el paisanaje y la tropa con mas furor que nunca.

Mas afortunado Garrigó en la plaza Mayor, fué recibido por la tropa y los paisanos con vítores de un entusiasmo verdaderamente frenético.

Estaba ya tan marcado el completo triunfo del pueblo, que la Guardia civil se dejó desarmar sin resistencia, y sus fusiles pasaron á las manos del paisanaje.

Al ver el noble comportamiento de Garrigó, su conducta conciliadora ó mas bien favorable á los defensores del pueblo; al considerar que se le habia conferido el mando de la caballería, y se le habia ascendido á brigadier; no debia suponerse que lo que este militar hacia estaba arreglado á órdenes superiores, y que estas órdenes emanaban del régio alcázar?

Fundadísimos eran pues los motivos que habia para que se creyese que el desarme de la Guardia civil, y el permitir que el pueblo se apoderase de sus armas eran claro indicio de su triunfo y de que se tocaba ya en el feliz desenlace de tan sangriento drama.

Mas ¡ay! que cuando los patriotas que ocupaban la plaza Mayor estaban mas convencidos, á consecuencia de lo que acabamos de referir en las precedentes líneas, de que la tropa estaba dispuesta á fraternizar con el pueblo, vióse este bruscamente acometido, y ametrallado por la artillería, de la cual hasta entonces no se habia echado mano.

¿Cómo conciliar estos extremos?

¿De dónde emanaban órdenes tan encontradas?

¿Quién dirigia las huestes de Isabel II?

¿Qué confusion era la del régio palacio que tales anomalías destellaba?

¿Cuántos mandaban en aquel refugio del poder caido, que así se presentaba ante el pueblo uno de los sublevados de Vicálvaro, ascendido en premio de haber luchado al lado de O'Donnell, con el objeto de reconciliar los ánimos, como se movian los cañones para ametrallar á la muchedumbre?

¿No habia hombres de la suprema inteligencia en derredor del trono?

¿De qué cabeza surgian tan contradictorias, tan criminales disposiciones?

¿Eran hijas de la inteligencia ó del miedo?

Nada mas horroroso que el combate que se empeñó en la calle de Platerías.

La tropa se habia apoderado de varias casas, y el paisanage

tuvo que resistir el incesante y nutrido fuego de fusilería, al mismo tiempo que el de los artilleros que barrían la calle con la metralla.

En la de Ciudad-Rodrigo, cuyos balcones y tejados estaban invadidos en su mayor parte por los municipales, procuraron los paisanos apoderarse de los que quedaban libres y de muchas buhardillas, por manera que hostilizándose con inaudito ardor, veíanse cruzar mortíferos proyectiles en todas direcciones..... todas las ventanas, todas las aberturas vomitaban fuego..... y humo..... y muerte... Los desgraciados que de uno y otro bando eran heridos en los tejados, caian y se estrellaban contra las piedras de la calle.

Repetidas cargas de caballería fueron rechazadas por los denodados madrileños.

Tres veces tuvieron que abandonar los artilleros sus cañones, á pesar de las pocas armas de fuego que poseian los paisanos y la no menor escasez de sus municiones.

Una escena igualmente horrorosa ocurrió en la calle de Platerías, donde la lucha estaba mas animada que en parte alguna.

Mientras la artillería ametrallaba al pueblo, hostilizábale la fusilería desde los balcones y tejados que ocupaba la tropa; pero nada era capaz de arredrar al entusiasta vecindario de Madrid.

Sin miedo á los mortíferos proyectiles que llovian sobre la multitud, esta crecia por momentos en vez de menguar; y hombres, mujeres y niños desarmados los mas, ostentaban ese valor heroico que enardece todos los corazones, cuando un pueblo lucha por su libertad.

El casi inerme paisanage obligó tambien varias veces en esta calle, aunque momentáneamente, á los artilleros, á retroceder y abandonar los cañones.

Mas ¡ay! que la última vez, vino un suceso trágico, un suceso que parece fabuloso, á enconar mas y mas los ánimos y hacer prorumpir á todos los paisanos en espantosos gritos de venganza.

Entusiasmado un tierno niño al ver que la tropa dejaba abandonadas las piezas de artillería, gritó con exaltacion:

— Ya son nuestros los cañones.

Y el héroe que contaba poco mas de un lustro, corrió y se abrazó á uno de ellos.

Embriagado con su triunfo, no quiso retroceder, y mientras los paisanos se retiraban y avanzaba la tropa, permanecía impertérrito, siempre abrazado al cañon, dando vivas á la libertad.

— Ven, hijo mio, ven — le gritaba su madre tirándole de la ropa.

El niño no hizo caso de los ruegos maternales, y viendo que se le aproximaba un soldado con la bayoneta calada, alzó su frente con orgullo y exclamó en tono imperioso:

— ¡Atrás, que este cañon es mio!

Y fué tan bárbaro el militar, que atravesando al niño de un bayonetazo, le arrancó del cañon y le arrojó, ya cadáver ensangrentado, en los brazos de su madre!!!

¿Dónde estamos? ¿Qué siglo es este?

